

LA BELLEZZA  
COMO REFUGIO



Marga Perera  
Fotos: Carmen Secanella

**S**on pintores realistas y a menudo su obra, tan minuciosa, se confunde con fotografía. Josep y Pere Santilari (Badalona, Barcelona, 1959) son hermanos gemelos que comparten una misma sensibilidad estética, conceptual y formalista. Licenciados en Bellas Artes por la Universidad de Barcelona, han compartido desde siempre su trayectoria, sus gustos, sus exposiciones y el mismo espacio como estudio. Aunque en algunas ocasiones han pintado obras conjuntamente, cada uno de ellos tiene su propia personalidad diferenciadora: Josep aborda con preferencia la figura; Pere, el paisaje, quedando como temática común la naturaleza muerta. En su estudio de Montgat, muy cerca del mar, Josep, más centrado en la pintura, pinta junto al ventanal, con luz natural; Pere, más volcado en el dibujo, trabaja con luz artificial. En 1984, Artur Ramon Picas los descubrió y fue un amor a primera vista que dura hasta hoy. Con la galería Artur Ramon Art han ido a ferias como TEFAF Maastricht y el Salon du Dessin parisino. Se les puede definir como pintores clásicos que inciden en la realidad desde una mirada actual. Pere y Josep están tan compenetrados que siempre se muestran de acuerdo o uno completa la respuesta del otro de manera natural, de ahí que para agilizar la lectura de esta entrevista se haya estructurado como si contestara uno de ellos, salvo en algún aspecto concreto.

**¿Recuerdan su primer contacto con el arte?** Íbamos mucho a museos; vivíamos en Artigues, un barrio de Badalona, nuestro padre era comercial farmacéutico y viajaba con frecuencia y nuestra madre, para que no anduviéramos por la calle, nos llevaba a museos de todo tipo, de pintura a indumentaria... los vimos todos. Nuestros abuelos vivían en Francia, en la región de Ariège, donde existen numerosas cuevas prehistóricas y una de ellas, la gruta de Niaux, tiene unas características que la distinguen de todas las demás porque tiene una cueva que penetra hacia el interior y se llega al llamado Salon Noir, donde están representados bisontes, caballos, ciervos... pero en lugar de tener que verlos reptando, se ven en una pared vertical, a una distancia de 1,5 metros, como en una exposición. Una cosa de la que no hemos hablado apenas y que marca el inicio de nuestra manera de trabajar está relacionada con nuestro interés por el mundo antiguo y la numismática; empezamos a coleccionar monedas antiguas romanas, ibéricas... y nosotros mismos hacíamos nuestro propio catálogo dibujando las monedas a tamaño real en cartón, hacíamos el dibujo exacto, las recortábamos y luego dibujábamos la otra cara de la moneda. Teníamos unos 10 años, y ésas fueron nuestras primeras obras; nuestra abuela, que era podóloga, siempre nos daba dinero cuando íbamos a verla y ahorrábamos para comprar monedas; en cierta ocasión compramos dos denarios de plata muy bien conservados en una numismática de la calle Ferran de Barcelona; uno por 1.200 pesetas y otro por 850 pesetas. Cuando nuestra madre se enteró, no nos pegó de milagro [dicen sonriendo] porque ¡era un dispendio enorme en aquel momento!. También estuvimos a punto de adquirir un áureo de oro, pero valía 3.500 pesetas y en aquel momento no estaba a nuestro alcance, seguimos ahorrando y cuando volvimos a la tienda ya no lo tenían; entonces nos gastamos todo el dinero en otras monedas. Por casualidad, al cabo de los años nos enteramos de que Delacroix tuvo la misma afición a dibujar monedas.



Flowers, 2017. Pere Santilari. Artur Ramon Art

**¿Han conservado su catálogo de monedas?** No, no, con tantas mudanzas, se ha perdido. En aquellos momentos no le dábamos valor, pero esos dibujos fueron los orígenes de nuestra pintura. Por otra parte, la primera vez que entramos en el Museu d'Art Modern de Barcelona, cuando estaba todavía en el parque de La Ciutadella, descubrimos *La Vicaría* de Mariano Fortuny, un cuadro del que en casa de nuestra abuela había una copia en miniatura; así que siempre estuvimos rodeados de pinturas... Y nos hicimos pintores [dicen sonriendo].

**¿Puede haber una relación entre su afición por los pequeños dibujos de monedas, las miniaturas y el carácter minucioso de su pintura?** Sin duda; las monedas eran objetos pequeños, nunca nos atrajo algo tan grande como un balón; pero también debe influir una cierta manera de ser. Por ejemplo, cuando hicimos el examen de acceso a Bellas Artes, todo el mundo lo hacía con carboncillo y nosotros no lo soportamos porque es muy impreciso, apuntas a un sitio y dibujas en otro; nosotros hicimos

el examen a lápiz y tuvimos que espabilarnos porque había que dibujar una estatua en un papel de 170 x 100 cm. En las clases en la facultad se seguía el mismo patrón pero nosotros siempre dibujamos con lápiz, usando el carboncillo solo para rellenar. Tuvimos un profesor, José Carralero, que nos dijo: «tú pintarás siempre en pequeño, con pincel, porque eres así, pero este curso lo harás con brocha; te vas a la droguería y te compras una de pintor de paredes». Y nos explicó que teníamos que entender el cuadro en grande, en conjunto, y nos sirvió de mucho porque nosotros pintamos con pincel de pelo muy pequeño, pero las primeras pinceladas se dan con pincel grande. Cuando tenía este cuadro esbozado [un lienzo grande con una figura, que está en su estudio], vinieron unos amigos pintores y al verlo, se intuía lo que iba a ser pero no estaba definido, algunos me dijeron: «¿así empiezas?». Yo repuse: «¿y cuál es la manera de empezar?, para mí, así, en grande»; y he visto que algunos de ellos empiezan el cuadro por una esquina y lo acaban por la otra. Carralero nos enseñó a plantear el cuadro de entrada, de



The ephemeral beauty, 2017. Pere Santilari. Artur Ramon Art

“Hacemos un tipo de pintura que puede considerarse clásica –aseguran- y no queríamos utilizar los típicos elementos iconográficos para nuestras vanitas: la calavera, el libro, el reloj de arena... Empezamos a buscar metáforas que pudieran explicar la caducidad de la vida. De hecho, *Vanitas* recuerda que hay que aprovechar el tiempo que se nos ha concedido. Es el «carpe diem» romano, aprovechemos. La calavera angustia a mucha gente, pero hemos de recordar que todos tenemos una. Y esta reflexión sobre las vanitas nos ha impregnado; hemos entrado mucho en el mundo de lo simbólico para dar un nuevo sentido a nuestra obra. En 2012 dejé de pintar figura -dice Josep- después empezamos las vanitas; tenía ganas de volver a hacer figura y ahora, que hemos cumplido 60 años y conscientes del paso del tiempo, volví a la figura representando la belleza de los 23 años, que es mi paraíso perdido; he pintado a una chica, joven, guapa, en el mundo actual frente a la triste gran ironía de los 5 minutos de gloria de Instagram, representando un mundo que no sabemos hacia donde va.”

lo general a lo particular, para crear una atmósfera. No puedo empezar un cuadro pintando un ojo... [dice Josep sonriendo].

**Yo sí lo hice [interrumpe Pere]...** Pinté un cuadro empezando por un ojo cuando estaba haciendo el servicio militar; fue un retrato del rey Juan Carlos por encargo del coronel. Era a principios de 1982, pasado el 23F, y el retrato iba a ser a partir de una foto que tenía el coronel en su despacho. Lo pinté con lápices de colores y empecé por un ojo. Me dio una semana para terminarlo. Cuando estaba acabando la cabeza, entró el coronel en la dependencia donde yo estaba pintando y exclamó: «¡el rey!». Yo, entre perplejo y asustado, dije «¿dónde?», no fuera que estuviera el rey allí y yo no me hubiera cuadrado [dice sonriendo]. Y fui acabando el retrato. Más adelante, me llamó el coronel y me dijo que firmara el cuadro, aunque en el ejército nunca se hace. Luego se inventó en el CIR de Alicante y se hicieron reproducciones para regalar a las visitas de altos cargos militares...

**¿Cómo empezó su vida profesional?** Mientras Pere hacía el servicio militar -dice Josep- que yo no hice porque me declararon inútil [risas], hice una exposición en el Palau Meca de Barcelona porque había ganado el Premi Ynglada-Guillot de dibujo. Como decía, mientras él hacía la mili, yo me presenté a tres concursos importantes y gané los tres y aquello nos dio un respiro económico que nos permitió no tener que dar clases; fueron el Premi Pollensa dotado con 500.000 pesetas; el Ynglada-Guillot, con 100.000; el de Pintura Joven de la Sala Parés, con 100.000 pesetas también, y un concurso de pintura rápida de Tiana, con 25.000 pesetas, o sea, que ganamos 725.000 pesetas en un verano; era en 1983 y era mucho dinero entonces. Después, estuvimos dando clases durante un año...

**¿Cómo fue su primer contacto con la galería Artur Ramon?** Fue una coincidencia gracias a un amigo pintor, Àlvar Suñol, que ahora debe tener 84 años. Suñol era amigo de la infancia de nuestro padre, y estamos convencidos de que influyó en él en favor nuestro para que nos diera una oportunidad para ser pintores. Àlvar nos traía clientes amigos suyos y unos de los primeros en comprarnos obra fueron los Piera, de la tienda de Bellas Artes. También nos proporcionaba encargos de retratos de sus amistades. En cierta ocasión, teníamos una exposición colectiva en Montgat y Àlvar nos sugirió que lleváramos a enmarcar los lienzos a Galeries Costa, que estaba junto a la catedral. Un día, pasó Isidoro, que era el asistente de la Galería Artur Ramon, los vio y cuando llegó a la galería dijo: «jefe, he visto unos cuadros que podrían interesarle». Era 1984 y firmamos un contrato de exclusividad.

**¿Artur Ramon vende toda la producción o también colecciona?** Ha vendido muchísimo. En 33 años le hemos entregado 575 obras entre los dos, unos 10 cuadros al año; de estos 575 se han vendido 480. Se vendía mucho, pero la crisis ralentizó las ventas. Aun así, se va vendiendo, no con la alegría de los primeros 25 años, que era tremendo, porque entre exposición y exposición se vendían entre 30 y 40 cuadros... Por eso hay algunos que no se han visto nunca porque ya no llegaban a las exposiciones.

**¿Conocen a sus coleccionistas?** A muy pocos... En una ocasión, en TEFAF, cuando Artur Ramon estaba en la sección de dibujo, tenía expuestos dos dibujos de los pecados capitales sobre la pereza, se acercó el galerista Jean-Luc Baroni, que tiene dibujos de Rembrandt, de Ribera... y le pidió si podía exponerlos en su stand; los colocó junto a una pintura de Jacopo Ligozzi [1547-1626]. Esto nos llenó de satisfacción. Aquellos dibujos los adquirió un coleccionista alemán. Entonces, una coleccionista americana de dibujo antiguo pasó por la galería Baroni y, al ver que nuestros dibujos ya estaban vendidos, nos contactó por email porque quería ver más obra nuestra; le dijimos que en el Salon du Dessin habría dos *Vanitas* expuestas y fue y las compró. Al cabo de dos años, fue a Fine Arts Paris y compró una pintura de *Euridice sosteniendo una calavera*. Con Eric Coatalem de París hemos hecho un par de exposiciones y nos han ido muy bien, así como en Jill Newhouse Gallery de Nueva York, en Bernheimer de Munich, en Art Cuéllar de Zurich y en Caylus de Madrid.

**¿Qué comparten ustedes dos en su obra?** Cada uno hace su cuadro pero son el resultado del trabajo en común. Con excepción de la figura, todo lo demás son trabajos pactados, como las composiciones, los temas... nos pedimos opinión, nos hacemos



nuestras propias críticas para hacer correcciones si conviene... es un trabajo en equipo. No nos da miedo la competencia sino la incompetencia [risas]. Pere ha dibujado más; prácticamente el 95% de su obra es a lápiz, la mía sería la mitad porque me gusta mucho pintar -dice Josep- y es él quien ha profundizado más en cómo hay que trabajar el dibujo y cómo debe ser el proceso... Aquí [muestra un dibujo del estudio] se han empleado 15 o 20 lápices, es una combinación, porque no sirve igual el lápiz para la piel de una chica que para el cabello o el fondo. Además, hay dos papeles distintos, el *Hahnemühle* y el *Schoeller*... no hay muchos más papeles que resistan según qué lápices porque los hay tan duros, que prácticamente apuñalan el papel; nuestros conocimientos sobre los materiales son el resultado de 40 años de experiencia...

**Se les considera realistas, ¿cómo es la relación del pintor con el mundo que mira o ve?** Un día Àlvar nos dijo que descubrió que quería pintar viendo unos hombres que llevaban cuadros al revés. Nosotros pasamos por una época en que íbamos buscando qué pintar y Àlvar nos dijo: «¿No os habéis planteado hacer alguna cosa más que lo que habéis aprendido en Bellas Artes? Bueno, ya descubriréis, o no, vuestro cuadro al revés».



Hubo un día clave cuando estábamos en último curso de Bellas Artes, cuando nos dijeron que fuéramos a la Galería 13 de Barcelona, que había un pintor que nos podía interesar. Era Antonio López. Entonces no había Internet ni catálogos suyos... Se exponían tres cuadros suyos, uno de ellos era *Cuarto de baño*; me quedé absorto durante una hora mirándolo y al final pregunté cuánto valía, me dijeron que 100 millones de pesetas. ¡Me quedé muerto!. Yo intentaba comprender aquel dibujo y entonces entendí que había visto mi cuadro al revés. En aquel momento nosotros dibujábamos objetos viejos, me fui a casa y me puse a dibujar una plancha antigua; yo pensaba que captar la realidad era dibujar lo que tenía frente a mí y luego te das cuenta de que no, que hay más cosas, como *Cuarto de baño* de Antonio López. Entonces fue cuando entró Àlvar diciendo si no podíamos ir más allá; él nos hablaba del mundo interior y eso nos ayudó a ver que la realidad se podía modificar. Una vez explorado este mundo interior, pudimos volver a la realidad exterior con otra mirada.

**¿Qué es para ustedes la belleza?** Somos muy esteticistas, nos interesa el equilibrio... Creo que la belleza no está en las cosas sino en los ojos con que se miran. O quizá sí que está

en las cosas, pero si uno no es capaz de ver belleza... Puede tener relación con un cierto equilibrio propio. Los cuadros que pintamos -dice Josep- reflejan un mundo irreal, un mundo parado en un instante. Y creo que hemos llegado a este mundo equilibrado como consecuencia de nuestra vida familiar y personal. Somos lo que somos por lo que hemos sido. Los primeros 15 años de nuestra vida en Artigues nos marcaron con una atmósfera gris. Después, vinimos a vivir a Montgat de Mar viendo el horizonte, con el color azul del mar llenando nuestra vida todo el día... y creo que si no hubiéramos vivido en Artigues, quizás no pintaríamos así. Una amiga hippie dice: «Mi casa es lo que veo por la ventana». Vivir delante del mar era como un sueño, como si tuviéramos el barco a punto para embarcar hacia Creta, y esto cambió nuestra manera de pensar y de ver. Este mundo espléndido que veíamos cada día hizo que construyéramos un mundo bello. Nuestra infancia había sido triste y sentíamos una necesidad inmensa de encontrar un mundo bonito, por eso nos inventamos un mundo propio y nos refugiamos en un ideal de belleza. A veces nos han dicho que somos un poco almibarados, pero somos la suma de nuestros días y nos aceptamos así.